

El país con mayor porcentaje de buenas personas

El día 4 de enero de 2020, salí hacia Madrid para coger un avión que llevaba destino Canadá, lo cual significaba que no iba a estar en España para reyes. Nunca antes había estado lejos de casa para esta fecha, para la mejor fecha de todas las navidades, cuando me entere el susto recorrió mi cuerpo, pero en mi interior sabía que iba a merecer la pena porque mi estancia en Algoma iba a ser una experiencia inolvidable. Y así lo fue, aunque el primer día fue un poco desastroso.

La suerte ese 4 de enero no estuvo de mi parte, todos mis aviones se retrasaron debido al mal tiempo y al final acabe aterrizando en Sault Saint Marie a las 23:30 en lugar de las 21:00. La universidad ofertaba un taxi para ir desde el aeropuerto a casa, así que previniendo el cansancio de mi llegada decidí contratarlo. Debido al retraso de mi avión, el taxista supuso que este no iba a llegar, así que al aterrizar y coger mis maletas vi que no había ningún taxista para recogerme. Al verme sola en el aeropuerto decidí llamar a la compañía y un nuevo taxi vino a recogerme. Ese día descubrí que los canadienses tienen un superpoder que les permite ver a través de la nieve, porque todavía hoy me sigo asombrando al pensar en cómo pudo aterrizar un avión en una pista cubierta por, al menos, un palmo de nieve y como el taxista me llevo a la que sería mi casa durante los próximos meses por una carretera desdibujada por la nieve.

Alrededor de las 00:30 llegué finalmente a la residencia. Allí debía recoger las llaves en una oficina a la entrada y como es lógico, no había nadie, una vez más, la suerte no me acompañaba. Llame al teléfono de contacto y finalmente me dieron la llave que abría la puerta de donde viviría estos meses, Old Dorm habitación 203. Cuando ya pensaba que todo estaba solucionado, volví mi falta de suerte y esta hizo que me viniera abajo. Las sábanas y toallas que yo había solicitado previamente de mi llegada a Canadá no estaban, así que, sin mantas para dormir y cansada de tantas horas de viaje me empecé a agobiar y a pensar ¿qué hago aquí? ¿Para qué habré venido con lo bien que estaba en mi casa? Así que avise a Danielle, una chica canadiense que había estado el año anterior en la UJI de intercambio y que se acabó convirtiendo en mi ángel de la guarda, y en mi primer día fue mi primer golpe de suerte. Tras leer el mensaje vino con mantas y sábanas para mí. Aquí me di cuenta de que todo iba a salir bien, de que la gente canadiense es maravillosa y siempre está dispuesta a ayudarte. Al día siguiente fui con Danielle a contratar un número de teléfono, a comprar mis propias sábanas, mantas, toallas y otras muchas cosas que necesitaba.

La semana siguiente era la Orientation Week. En la universidad de Algoma estudian un montón de internacionales, tanto los que se matriculan de toda la carrera como aquellos que van para un solo semestre. Allí nos hicieron una hoguera y comimos marshmallow, nos tiramos en trineo y nos explicaron cómo funcionaba todo; la perfecta experiencia de película que todos estábamos ansiosos de vivir.

Ese mismo lunes empezaron las clases y con ellas la rutina. Como era de las pocas chicas que hacía "Computer Science" llamaba la atención y mis compañeros enseguida se aprendieron mi nombre y empecé a hacerme amiga de ellos. Mis compañeros solían pasar el rato en el computer lab, al principio no iba mucho porque no sabía nada de videojuegos y tampoco me gustan, pero poco a poco empecé a ir más y más por el simple hecho de que allí estaban mis amigos, hasta

que acabé incluso por comer ahí. También iba al gimnasio y a todas las clases de zumba y yoga, aunque a veces solo hubiera mujeres de 50 años, la diferencia de edad nunca evitó las risas y el compañerismo entre nosotras.

Además, me apunté a un taller de Knit en la biblioteca, en el cual descubrí mi nuevo hobby, tejer; y en mis ratos libres subía a la biblioteca a hacer puzles con otra gente, la cual a veces ni siquiera conocía. Así bien, es verdad que no hay bares y fiestas y que la vida es totalmente diferente, pero a mí esta forma de ser me gustó. Eso sí, en mi caso al ir en invierno, complicaba más las actividades al aire libre porque llegamos a tener temperaturas de -30°C. Lo cual les daba a los canadienses un nuevo poder, salir a la calle y ser ajenos al frío, lo cual a mí nunca me pasó y mi cara sufrió la quemadura del frío. Pero el invierno también me regaló sus ventajas, patinar sobre hielo e ir a partidos de hockey, lo cual en otra época no habría podido disfrutar.

Todo era muy bonito hasta que apareció el coronavirus, el día 13 de marzo se cancelaron las clases, la gente empezó a irse a sus casas y en la residencia quedamos unas 10 personas. Seguía yendo a computer lab con Jorge, uno de mis mejores amigos. Jorge es mejicano y aún no ha podido volver a su país. Dada la situación empecé a quedar mucho más con Danielle, ya que tanto el gimnasio como la biblioteca se cerraron. Al llegar el buen tiempo puede empezar a pasear por un parque que estaba cerca de la universidad y disfrutar de la naturaleza de Sault San Marie que hasta entonces el frío me lo había impedido.

Esta época fue dura, porque me sentí bastante sola. No entendía qué estaba pasando, no sabía qué iba a pasar conmigo, llamaba al Consulado y ellos no ayudaban en nada, una amiga india se quedó atrapada en Alemania al intentar volver a casa, así que marchar también era una opción de riesgo. En la residencia por un lado te decían que te podías quedar y por otro te presionaban para irte, así que la incertidumbre supuso todo un agobio para mí. Mientras tanto hablaba con Danielle todos los días, ella me preguntaba por mi familia en España, y al contarle la situación de la residencia no tardó en proponerme ir a vivir a su casa con ella y sus padres. Decidí seguir quedándome en la residencia porque me parecía lo más cómodo para todos, pero en ese momento yo sabía que en el caso de que la residencia cerrara tenía a donde ir. Y hay que decir que en esos momentos me tranquilizaba saber que no acabaría durmiendo en un banco. Me empezaron a invitar a comer cada 3 días para que no me sintiera sola y el día de mi cumpleaños me hicieron una fiesta con tarta y todo. Aquel día, llena de morriña y miedo me sentí querida y arropada por esta gran familia. Estaré eternamente agradecida por lo que hicieron por mí, y sé que en Danielle tengo una buena amiga sin importar los kilómetros que nos separen.

Finalmente, tras ver que la situación no tenía vistas a mejorar el 28 de marzo cogí un vuelo de iberia con escala en Inglaterra que me llevaría a mi casa. Teniendo en cuenta la experiencia de mi amiga le dejé las llaves de mi habitación a Jorge en vez de devolverlas directamente. De esta manera, si me quedaba tirada en los aeropuertos, tenía la opción de volver a esa habitación 203 que durante tres meses llame hogar.

Por último, decir que en Canadá abundan los bares y el frío te quema en invierno, pero es el país con mayor porcentaje de buenas personas por kilómetro cuadrado que he conocido. Y aunque la suerte no me acompañó el primer día y el COVID-19 me arrebató el último mes de mi experiencia, la repetiría todas las veces posibles. Porque una vez pisas esa tierra un trocito de ti siempre se quedará allí a vivir.